Juan Pablo Fusi

Breve historia del mundo

De la Edad Media hasta hoy



Galaxia Gutenberg

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

Breve historia del mundo

De la Edad Media hasta hoy

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Juan Pablo Fusi Aizpurúa, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 2549-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-66-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

1

El triunfo del cristianismo

En sus estudios sobre *El conflicto entre cristianismo y paganismo en el siglo IV* (1963), el historiador Arnaldo Momigliano (1908-1987), uno de los grandes clasicistas del siglo XX, recordó que, al adquirir una nueva religión a partir del Edicto de Milán del año 313 del emperador Constantino –libertad religiosa, igualdad de derechos para los cristianos y abolición del culto estatal romano–, el «mundo» (el mundo romano o romanizado) tuvo necesariamente que aprender una nueva historia. El nacimiento de Cristo, y no la fundación de Roma, devino en adelante el acontecimiento capital de la humanidad, la fecha de referencia, por extensión, para la datación de años, siglos y acontecimientos históricos.

Aunque la historia había nacido, como se sabe, con el pensamiento grecorromano –Herodoto, Tucídides, Tito Livio, Tácito, Plutarco– y con el pensamiento judío (la Biblia era, al fin y al cabo, la historia del pueblo judío), la filosofía cristiana creó verdaderamente la conciencia histórica del mundo occidental. Al hacer de la llegada de Cristo el hecho esencial del destino del mundo –san Agustín en *La ciudad de Dios*, c. 413-426–, y diferenciar entre historia antes y después de Cristo, el cristianismo impuso una visión lineal y no cíclica del mundo, subrayó la irrepetibilidad e irreversibilidad de los hechos históricos y, lo que es más importante, vino a dar razón de la historia del hombre y de su presencia en la Tierra.

Ciertamente, no todos los historiadores valorarían positivamente la aparición del cristianismo. En *Decadencia y caída del Imperio romano* (1776-1778), un libro prodigio-

so, Edward Gibbon culpabilizaba al cristianismo de la caída del Imperio y lo asociaba a «barbarie y fanatismo». La expansión del cristianismo, inicialmente por la geografía del entorno de Jerusalén (Edessa y Damasco, Alejandría, Anatolia, Armenia…) fue, además, lenta y problemática. Los francos se convirtieron a fines del siglo V; los visigodos (Recaredo), en el año 587; los anglosajones, irlandeses y escoceses, en los siglos V a VIII; los eslavos, a lo largo de los siglos VI-VIII; los lombardos, en el año 683; los escandinavos, a partir del siglo IX; y los rusos (principado de Kiev), en 989. La misma historia del cristianismo fue una historia complicada, difícil, a menudo tortuosa y siempre problemática y jalonada en sus primeros siglos por toda clase de disputas teológicas (gnosticismo, arrianismo, nestorianismo, monofisismo, pelagianismo…), por numerosas querellas dogmáticas y múltiples controversias doctrinales (sobre la divinidad de Cristo, el culto a los santos, las imágenes, los ritos, la gracia…). Lo más grave: el Cisma de Oriente y la ruptura irreversible entre católicos y ortodoxos en 1054.

Con todo, la historia del cristianismo tuvo mucho de estupefaciente: de secta minoritaria –y objeto de brutales persecuciones todavía en los siglos III y IV, bajo los emperadores Decio, Valeriano y Diocleciano– a religión oficial del Imperio en el año 391, y a religión después, tras la caída de aquél, del gran Imperio bizantino (Balcanes, Asia Menor, Oriente Medio) y de Europa occidental y central, tal como sancionó la coronación de Carlomagno como emperador de los romanos y cabeza de un Imperio franco-germánico y romano por el papa León III en la Navidad del 800.

El cristianismo, en efecto, cambió el mundo. Su triunfo se debió, sin duda, a muchos y muy distintos factores y razones. La protección de Constantino la conquistó, de hecho, el Imperio romano. El Imperio bizantino (479-1453) –aristocracia imperial, religión cristiana ortodoxa, cultura griega, derecho romano– hizo del cristianismo y su formidable liturgia oriental la religión oficial, y de la Iglesia ortodoxa un poder legitimador del Estado bajo la protección personal del

emperador. La creación, ya en el año 756, de los Estados Pontificios –inicialmente, Roma, el exarcado de Rávena y la «marca» de Ancona– fue una donación de Pipino el Breve, el rey de los francos, resultado así de la alianza entre el papa y la dinastía carolingia que culminaría con la fundación del Imperio de Carlomagno en el año 800, alianza decisiva, como es fácil inferir, para la cristiandad occidental.

Pero la alianza religión-Estado nunca fue en Occidente definitiva, como lo fue en Bizancio. El papado –dentro del cual, hasta el año 1000 y aún después, hubo de todo: papas enérgicos y hábiles, papas piadosos y bondadosos, papas ineptos y anodinos, papas corruptos y crueles– aspiró siempre a ejercer el poder espiritual sobre la cristiandad, libre de injerencias de todo poder político y laico y del propio poder imperial. Las mismas independencia y soberanía de los Estados Pontificios eran, desde la perspectiva eclesial, ante todo la garantía del poder espiritual de la Iglesia. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado (emperadores, reyes, poderes territoriales) oscilaron así durante siglos, entre la cooperación y el enfrentamiento. La clave en dicha relación, la separación entre ambos poderes, eclesiástico y civil, con el tiempo uno de los hechos capitales de la organización de los estados occidentales, no se consolidó sino después de largos y gravísimos conflictos, como la querella de las Investiduras (1075-1122), entre el papado y el Imperio germánico, desencadenada cuando Gregorio VII prohibió que los clérigos pudieran recibir cargos de los laicos, y que conoció episodios como la excomunión del emperador Enrique IV por el papa y la deposición del propio Gregorio VII por el emperador; y como la lucha entre el pontificado y el Imperio (regido ahora por los Hohenstaufen) en Italia en los siglos XII y XIII. El arzobispo de Canterbury, Thomas Becket, fue asesinado en 1170, en su propia catedral, por orden del rey Enrique II, por defender las libertades de la Iglesia frente a las pretensiones abusivas del poder real.

El triunfo del cristianismo fue así consecuencia, ante todo, de la dinámica espiritual y doctrinal de la misma reli-

gión cristiana. A diferencia de religiones anteriores, su fundador, Jesucristo, fue una figura histórica cuya vida quedó recogida en las «biografías» que de él escribieron sus discípulos. El cristianismo nació –o así empezó a ser en la concepción y obra de san Pablo– como una religión universal, con un solo Dios y un mensaje inequívoco, y enteramente nuevo, de amor, redención, fraternidad y devoción. Su práctica conllevaba la celebración regular y sistematizada de cultos y rituales colectivos que mantenían la fe: el bautismo, el credo, la eucaristía, la lectura de los Evangelios, la misa. El cristianismo se dotó enseguida de organización e instituciones eficaces (papas, concilios, patriarcas metropolitanos, obispos, sacerdotes) y desarrolló, también tempranamente, una admirable estrategia de expansión y evangelización, cuya pieza fundamental fueron monasterios y abadías, surgidos en los siglos IV y V, como modelos de vida piadosa y ascética y de conducta ejemplarizante –trabajo, pobreza, castidad, oración–, reforzada por la memoria y el culto del sacrificio de santos y mártires.

El cristianismo fue más que una religión: constituyó una nueva cultura, una nueva visión y explicación del hombre en la Tierra, una nueva razón histórica, por tanto, del mundo. La traducción de los Evangelios del hebreo y del griego al latín, obra de san Jerónimo en el siglo V, una intuición genial, fue decisiva para la difusión de aquéllos y dio a la cristiandad un lenguaje universal. La obra de los primeros grandes «doctores» de la Iglesia –san Ambrosio, san Agustín, san Juan Crisóstomo– sistematizó la teología, las enseñanzas y la moral cristianas, y dio al cristianismo una doctrina verdaderamente sustantiva. El pensamiento de san Agustín (354-430), recogido en sus obras *Soliloquios*, *La Ciudad de Dios*, *Confesiones*, y *Sobre la naturaleza y la gracia*, que se ocupó de cuestiones como la trinidad, la gracia, la predestinación, el mal y el libre albedrío, el matrimonio, el sacerdocio y la sexualidad, suponía, de hecho, una nueva y profunda espiritualidad, muy alejada ya del mundo grecorromano, en la que el cristianismo era una filosofía de salvación mediante

la redención del hombre por el sacrificio de Jesucristo en la cruz.

Varios papas fueron fundamentales en la afirmación y salvaguarda del poder espiritual y temporal de la Iglesia, y en la consolidación, por tanto, del cristianismo como institución. En medio de la fragmentación del poder que siguió a la crisis del Imperio romano de Occidente, san León Magno (440-461) y san Gregorio Magno (592-604) supieron afirmar la autoridad del papa, delimitar la jurisdicción eclesiástica y precisar y definir los primeros principios doctrinales y prácticas litúrgicas de la Iglesia, y mantener Roma bajo su control, hecho capital en el fortalecimiento del papado en Occidente. León IX (1049-1054), un papa alemán, y Gregorio VII (1073-1085), el exmonje Hildebrando, dos papas enérgicos, hicieron resurgir el papado –tras el siglo nefasto que para la institución había sido el siglo X– mediante la exaltación de los ideales religiosos, reformas de la organización y la vida eclesiástica y monástica y la afirmación del poder del papa sobre la Iglesia frente al poder imperial, como ya se ha señalado más arriba. Con Inocencio III (1198-1216), que aplastaría militarmente la herejía de los albigenses en el sur de Francia y aprobaría las nuevas órdenes religiosas de franciscanos y dominicos, la Iglesia católica se constituyó ya como una verdadera teocracia pontificia.

El triunfo del cristianismo fue, pues, indiscutible. La aparición y expansión del islam a partir del año 622 –que, tras unificar Arabia, conquistaría antes del año 750 Oriente Medio, con Jerusalén y los llamados Santos Lugares (Tierra Santa), Siria, Armenia, Persia, Egipto, el norte de África, Cerdeña, Córcega y el reino visigodo en la península Ibérica; y luego en 902, Sicilia– supuso una grave amenaza. Pero, al tiempo, reforzó la identidad de la cristiandad, fijó y definió sus fronteras, y hasta le dio un objetivo: la recuperación de Tierra Santa. El Imperio de Carlomagno –nieto de Carlos Martel, el noble franco-germano que detuvo la expansión árabe en Poitiers en el año 732, e hijo de Pipino el Breve–, que abarcó casi toda Europa occidental (los territorios fran-

cos y germánicos, el norte de Italia y las «marcas» de Cataluña, Bretaña, Friuli, Dinamarca, Baviera, Corintia y Panonia), fue tanto una entidad religiosa como política y, tras su coronación por el papa León III en el año 900, se configuró como un Imperio cristiano romano.

El cristianismo fue una religión popular. A partir del siglo IX, miles de peregrinos recorrerían Europa en pos de lugares –catedrales, abadías, monasterios– en localidades como Santiago de Compostela, la propia Roma, Colonia o Canterbury, que guardaban reliquias (el cuerpo de un apóstol, la túnica de la Virgen, fragmentos de la cruz, sangre de Cristo…) de especial veneración para los cristianos. La expansión del arte románico entre los siglos X y XIII –miles de iglesias y monasterios en toda la cristiandad occidental (Alemania, Francia, Italia, norte de España, Suiza, Inglaterra)– revelaba la existencia, en palabras del historiador del arte Ernst H. Gombrich, de una «Iglesia militante». Monasterios y abadías (York, Barrow, Tours, St. Denis, Fulda, San Millán, Ripoll, St. Gall, etcétera) eran, hacia el año 1000, los verdaderos centros de la cultura en Europa.

2

El apogeo de la cristiandad

«Antes de la llegada del cristianismo –escribió en 1932 el historiador Christopher Dawson en *Los orígenes de Europa,* uno de los libros clásicos del europeísmo–, no había Europa.»

No le faltaba razón. Europa occidental –unos treinta y cinco millones de habitantes hacia el año 1000 (el Imperio romano en el siglo IV: 40-45 millones)– empezó a adquirir realidad histórica propia y distinta, aunque menor aún que Bizancio o el islam, hacia el siglo X. Dividido el Imperio carolingio (800-840) en tres estados –Francia occidental, Francia oriental o Germania, Lotaringia– y fracasado pronto, en el primer tercio del siglo XI, el sueño de Otón I, rey de Germania y emperador alemán (962-973), de restablecer el Imperio romano-germánico, el Occidente cristiano era al comenzar el nuevo milenio un mundo fragmentado, un mosaico de pueblos, territorios y estados embrionarios (reinos, principados, ducados, condados, marcas, ciudades y comunas autónomas: Inglaterra, Francia, Borgoña, Germania, León, Navarra, Sicilia, los Estados Pontificios, el Condado de Barcelona, Venecia, Baja y Alta Lorena, Bohemia, Carintia…), con fronteras indefinidas y vulnerables, e institucionalización, legitimidad política y fundamento jurídico –de base feudal, vasallática– elementales, discutibles y precarias. El cristianismo –una fuerza religiosa y un hecho social– fundaba ciertamente la unidad espiritual de aquella Europa: definía su identidad, su cultura, sus creencias y su moral.

Las Cruzadas, las varias expediciones militares a Tierra Santa que los cristianos occidentales llevaron a cabo en-

tre 1096 y 1270 para recuperar Jerusalén y los Santos Lugares, conquistados por el islam en el siglo VII, fueron la primera manifestación de la recuperación histórica del mundo occidental bajo el signo del cristianismo (en coincidencia, además, con el esfuerzo reconquistador de los reinos cristianos de la península Ibérica, con la toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla en 1085; y con la expulsión de los musulmanes de Cerdeña por Pisa en 1022 y de Sicilia por los normandos en 1091). Pero revelaron, paralelamente, las debilidades y contradicciones que definían –se diría que constitutivamente– a aquella misma cristiandad occidental: crearon al menos una dinámica histórica con consecuencias imprevistas, que desbordó por completo los proyectos y las previsiones iniciales.

Las Cruzadas respondieron a causas, circunstancias y factores muy diversos: la petición de ayuda militar de Bizancio, derrotada por los turcos en Manzikert (1071), con la pérdida –nada menos– que de toda Asia Menor; la recuperación demográfica y comercial de Occidente; el carácter militar del mundo feudal occidental; la posibilidad de reunificar las iglesias latina y ortodoxa tras el cisma de 1054. Pero dos factores, ante todo, fueron determinantes: la reforma eclesiástica hacia un cristianismo estricto y militante, impulsada por los monjes de Cluny (abadía fundada en 909) y por la orden del Císter (cuya fundación, en Citeaux, data de 1098: 530 abadías en el siglo XII); y la reafirmación del poder y prestigio espirituales del papado propiciada, ya en el siglo XI, por los papas Silvestre II, León IX, Nicolás II y Gregorio VII, aun a costa de graves conflictos con el poder temporal, como la querella de las Investiduras (1075-1122), que enfrentó a Gregorio VII (1073-1085) y al emperador germánico Enrique IV (1056-1106).

La Primera Cruzada (1096-1099) encarnó, ciertamente, el modelo ideal de expedición a Tierra Santa que diseñó la Iglesia: liderazgo del papado –Urbano II predicó la Cruzada en Clermont-Ferrand en 1095–, apoyo popular (levantado por religiosos exaltados como Pedro el Ermitaño), fuerza

militar considerable (unos treinta mil nobles y caballeros: flamencos, loreneses, franceses del sur, normando-sicilianos) y éxito final. La Cruzada popular fue masacrada por los turcos en Asia Menor (octubre de 1096). Pero la expedición militar mandada por Godofredo de Bouillon, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes y Esteban de Blois fue tomando sucesivamente, ya en 1098, Edessa (marzo), Antioquía (junio) y Jerusalén (15 de julio), para crear en los territorios recuperados los estados «latinos» del reino de Jerusalén, condado de Edessa, principado de Antioquía y condado de Trípoli.

Sin embargo, el resto de las Cruzadas, hasta un total de ocho, distaron mucho de ser exitosas, respondieron a planteamientos no necesariamente religiosos –las más de ellas fueron operaciones militares derivadas de la dificilísima situación estratégica en que quedaron los cuatro estados cristianos creados en la zona– y en modo alguno lograron los objetivos fundamentales: Asia Menor quedó irreversiblemente bajo el poder de los turcos, el Imperio bizantino salió militar y territorialmente debilitado, los estados cristianos de Tierra Santa no pudieron resistir en el medio plazo, y no hubo reunificación de las iglesias católica y ortodoxa.

La Segunda Cruzada (1147-1149), predicada por san Bernardo, el hombre clave en la reforma cisterciense, fracasó por las discrepancias surgidas entre sus líderes militares, el emperador alemán Conrado III y el rey de Francia, Luis VII. La Tercera Cruzada (1189-1192), encabezada por el emperador Federico I Barbarroja, Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra –acompañado en la imaginación romántica de Walter Scott por el noble Ivanhoe, su ideal del caballero cristiano–, precipitada por los éxitos del caudillo militar musulmán Saladino (Sala ad-Din Yusuf ibn Ayyub, 1137-1193), que se apoderó de Egipto, Siria y Jerusalén, concluyó con una tregua entre las partes y sin que los cristianos pudieran recuperar Jerusalén. La Cuarta Cruzada (1202-1204), impulsada por Inocencio III y

cuyo objetivo era Egipto, derivó en razón de los intereses de Venecia en la ocupación y el saqueo por los cruzados de Constantinopla y la creación de un artificial y efímero «Imperio latino» en Bizancio (1204-1261). La Sexta Cruzada (1228-1229), encabezada por Federico II de Hohenstaufen, logró que los turcos restituyesen Jerusalén, Belén, Nazaret y otros lugares sagrados, pero sólo temporalmente: Jerusalén cayó de nuevo, y ya irreversiblemente, bajo poder musulmán en 1244. Las dos últimas Cruzadas, promovidas por san Luis, rey de Francia, en 1248 y 1270 para recuperar Jerusalén, se perdieron en operaciones militares preparatorias sobre Egipto y Túnez respectivamente (la última, diezmada además por una epidemia de peste en la que murió el propio rey). La caída de San Juan de Acre en 1291 marcó el final del establecimiento de estados cristianos en Oriente.

Aunque las Cruzadas apareciesen a los ojos de los ilustrados del siglo XVIII –Voltaire, Edward Gibbon, por ejemplo– como una manifestación de la «locura humana» (en palabras de William Robertson) y pese a que sus consecuencias decisivas –liberación del Mediterráneo occidental, auge de comunas y repúblicas italianas, expansión comercial de Occidente– no fueran de orden religioso, las Cruzadas fueron para François Guizot, el gran político francés, «el primer acontecimiento europeo».

Como escribió el propio Guizot, las Cruzadas revelaron, en efecto, la Europa cristiana. Con independencia del resultado último de aquéllas, el cristianismo vivía en el siglo XIII un momento de plenitud. En la península Ibérica, Castilla, con el apoyo de cruzados navarros, aragoneses y franceses, logró en 1212 la decisiva victoria de las Navas de Tolosa, llave para la conquista de Córdoba (1236), Murcia (1243) y Sevilla (1248); Aragón ocupó las Baleares (1229) y conquistó el reino de Valencia a partir de 1233, todo lo cual, más los avances de los portugueses por la costa atlántica, hizo que el poder musulmán en la península quedase reducido desde 1264 al pequeño reino de Granada.

Inocencio III (1160-1216), miembro de una poderosa familia romana, hombre de excelente formación teológica y jurídica y con excelentes contactos en toda Europa, elevó el papado a su máximo poder e influencia: logró la sumisión de los reyes de Francia e Inglaterra, impuso a su candidato, Federico II de Hohenstaufen, como emperador de Alemania, impulsó la Cuarta Cruzada, reprimió con severidad la herejía albigense, extendida por el sur de Francia –en la región de Toulouse (de hecho, promovió una «cruzada» contra la herejía, que se prolongó, con dureza implacable, entre 1209 y 1229)–, y reunió el mayor concilio de los celebrados hasta entonces, el IV Concilio de Letrán (1215), que aprobó además una muy abundante legislación que regulaba desde la administración central de la Iglesia, la vestimenta sacerdotal, los sermones en los oficios y la formación de sacerdotes y monjes, al papel de los obispos y el cumplimiento de los sacramentos de la confesión y la eucaristía.

Dos nuevas órdenes religiosas, los franciscanos, o frailes menores, orden creada en 1208 por san Francisco de Asís (1181-1226) sobre un ideal de pobreza evangélica –para vivir una vida de humildad, pobreza y mendicidad– y los dominicos, la orden de predicadores fundada por santo Domingo de Guzmán (1170-1221) para la predicación del cristianismo, las dos sumamente exitosas, renovaron y reforzaron considerablemente la labor de la Iglesia y la devoción popular: san Francisco ideó la tradición navideña y el Vía Crucis, la oración por un itinerario con representaciones de la Pasión; Santo Domingo, el rezo del rosario.

La Iglesia cristiana era no sólo ya una iglesia «militante», sino además –en palabras de Gombrich– una iglesia «triunfante». Santo Tomás de Aquino (1225-1274), cuya obra ciertamente imponente (*Suma teológica, Suma contra gentiles)* hacía del cristianismo un verdadero sistema filosófico-teológico, veía en la religión cristiana el despliegue de la razón, no la mística de la fe. La extraordinaria difusión del arte gótico por toda Europa entre los siglos XII y XVI y, sobre todo, sus imponentes catedrales –con sus altísimas bóvedas

de crucería, arcos apuntados, contrafuertes exteriores, torres, pináculos, rosetones, vidrieras, decoración exquisita, retablos, sillerías (Chartres, Amiens, Reims, la Santa Capilla de París, León, Burgos, Toledo, Lincoln, Ely, Orvieto, Colonia, Ulm, etcétera)– expresaron los cambios que se habían producido en el mundo cristiano. La verticalidad, la ligereza y el dinamismo del gótico, las nuevas imágenes y prácticas religiosas difundidas desde los siglos XI y XII –la imagen de Cristo sufriente en la cruz, el culto a la Virgen María–, indicaban por un lado la renovada emocionalidad y espiritualidad que definían el cristianismo triunfante, y marcaban, por otro, la culminación del desarrollo ciertamente extraordinario que el cristianismo había tenido desde su legalización en el siglo IV.

Que en esa misma iglesia triunfante –en sus instituciones, en su organización y en sus estructuras de poder, en sus dogmas, pensamiento y teología– germinasen ya las semillas de futuros y graves, si no insolubles, conflictos, era otra cuestión.